pués el Cabildo. Continuaba el cadáver, y lo seguían el Real y Tri dentino Seminario, arrastrando sus becas, el numeroso Cuerpo de duelo, el Protomedicato, el Consulado, los doctores de la Universidad con sus borlas y capelos volteados, el Ayuntamiento con sus mazas, los caballeros nobles, el Tribunal de Cuentas y la Real Audiencia. Cerraba el acompañamiento, el regimiento urbano, un escuadrón de dragones y la Estufa del Virrey difunto, elegantemente enlutada.

Llegada la fúnebre comitiva á la Catedral, ó al templo designado para las honras, se verificaban estas con todo el fausto y esplendor consiguientes, y se predicaba un sermón panegírico; en el que las virtudes cristianas y el talento del difunto, se pregonaban en medio de citas latinas y de la Sagrada Escritura.

Estos eran los últimos honores que se dispensaban á los virreyes. Así concluían su gobierno, iniciado con entusiastas recibimientos, desde Veracruz hasta México.

Á su entrada, los esperaban los arcos triunfales, las flores derramadas á su paso, las espléndidas comidas.

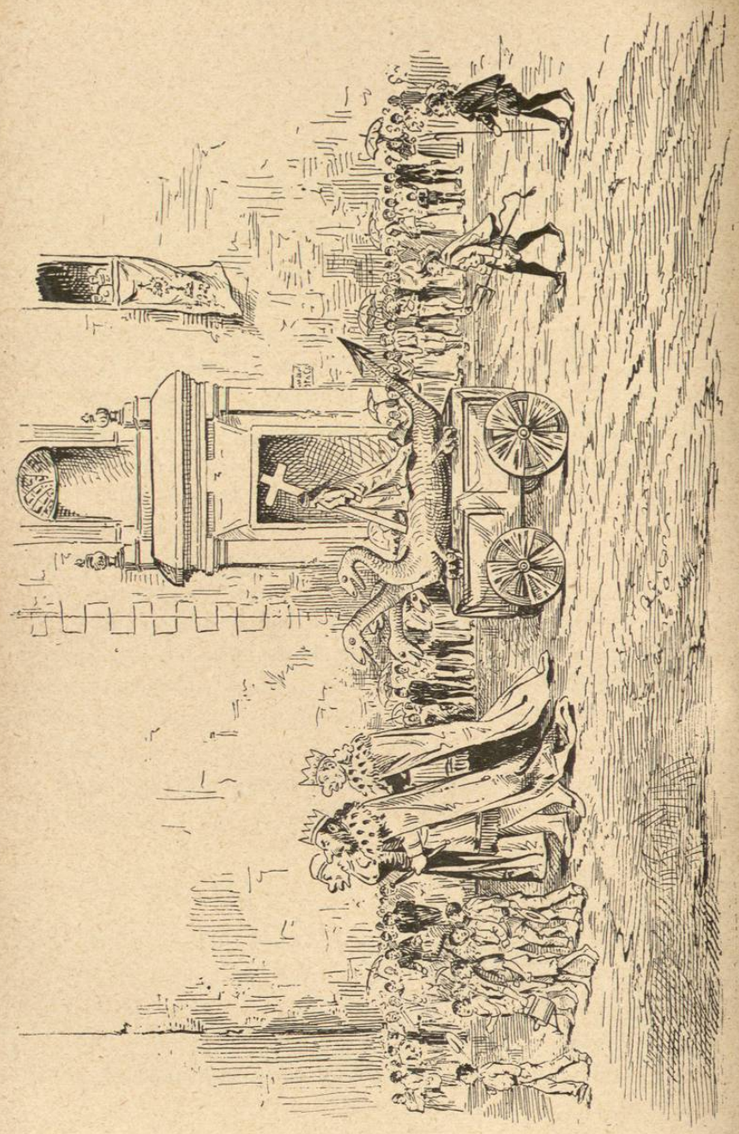
Á su muerte, se les erigían suntuosas piras; los bronces anunciaban su fallecimiento, y celebrábanse solemnes exequias.

Sólo para los que eran depuestos del virreinato no había grandes ceremonias. Ibanse solos, con el adiós de sus fieles amigos, la ingratitud de los empalagosos aduladores y la esperanza de salir inocentes del juicio de residencia en el que muchas veces se les calumnió.

Por eso el pueblo decía: *no es lo mismo Virrey que viene que Virrey que se va.*

CAPÍTULO XLIV

LA PROCESIÓN DEL CORPUS



LA PROCESIÓN DEL CORPUS.

CAPÍTULO XLIV

LA PROCESIÓN DEL CORPUS

I

Muchos de los que aún viven presenciaron aquella suntuosa procesión; y asoma el entusiasmo en sus miradas cuando la recuerdan ó refieren algunos de sus pormenores.

México entero se vestía de gala para verla. De los cuatro barrios de la ciudad acudían los vecinos para contemplar aquel desfile pausado y solemne.

Las aceras de las calles se henchían de espectadores, lo mismo que las ventanas, las accesorias y los zaguanes: allí podían hallarse en democrática confusión, el fuereño del interior y el aristócrata capitalista, el escribientillo de oficina y el estirado general, el arriero de *tierra adentro* y el mayordomo de monjas, la criada de rebozo y la señora de mantilla, el *charro* de jarano y el *currutaco* de sombrero de copa alta; en fin, toda esa clase de tipos que aparecen en estas fiestas como evocados por un conjuro, y que vestidos de diversos colores y al uso de todas las modas, forman un conjunto extraño, original, abigarrado, difícil de poderse apreciar y describir en sus menores detalles.

Todo el trayecto que recorría la procesión estaba regado de flores y cubierto con una gran *vela* de lona, que se ponía desde la puerta de Catedral que sale al Empedradillo, y continuaba por las calles de Tacuba, Santa Clara, Vergara, San Francisco ó Profesa, las dos de Plateros, parte de la Plaza, hasta la puerta mayor que da entrada á nuestra soberbia Basílica.

Aquella gran *lona* estaba sujeta con argollas de los muros de las casas, y con largos morillos en la parte en que no había éstas.

Desde temprano toda la ciudad se vestía de fiesta. Los cuerpos militares dejaban sus cuarteles, al son de los tambores y de los clarines, para acompañar á la procesión.

El cuerpo de granaderos, con colosales morriones y barbas postizas, formaba valla cada tres ó cuatro pasos para contener á la impaciente multitud. Y allá en la plaza se oían los gritos de los mercaderes, que anunciaban con chillonas y destempladas voces, el dátil almibarado, las *tarascas* y los *quitasoles* de cartón, las mulitas de hoja de plátano con dulces de tierra caliente, y los huacales de fruta, más verde que las esperanzas de un cesante.

Á las once de la mañana, la primera salva de cañonazos y el alegre repique á vuelo de las campanas, eran la señal de que la procesión del Corpus salía de la Catedral, por la puerta del Empedradillo.

Toda aquella inmensa y compacta multitud de espectadores, se estrujaba, respiraba con fuerza por el calor sofocante y se alzaba en las puntillas de los pies para ver mejor.

Las monjas de Santa Clara subían á las azoteas de su convento, y los severos padres jesuítas esperaban formados y con cirios en la mano, el paso de la procesión, para acompañarla durante su trayecto por la calle de la Profesa.

Los disparos de la segunda salva de artillería anunciaban que la procesión había recorrido la mitad de su camino.

Iban por delante las cofradías de la Merced, del Carmen, de la Cuerda de San Francisco y otras, con sus diputados, empuñando con la diestra enguantada y con el pañuelo á cuadros, el blanco cirio colocado en su arandela, y con la siniestra el mosqueador de diversos colores; después las Comunidades de los mercedarios, de los agustinos, de los franciscanos, juntos con los dieguinos, y en el lugar preferente los dominicos. Sólo los carmelitas no salían, por gozar de este privilegio, y únicamente se les veía en las procesiones de rogativas públicas. En seguida, la Cofradía de Nuestra Señora de los Remedios — cuando se hallaba en la capital y no en su santuario. — Los diputados portaban mazas de plata terminadas en un maguey con la citada Virgen del mismo metal, y varios alumnos del Seminario cargaban en andas á la venerada escultura. Á continuación, la Cofradía del Santísimo Sacramento, cuyo rector conducía en un asta de plata el Cristo que á dicha Cofradía había regalado Pío V.

Detrás venía la Cruz de la Catedral con el pertiguero vestido de blanco y el perrero con opa café obscura, bordada la tiara en sus espaldas y empuñando el chicote. — Después todas las parroquias de la capital con sus cruces respectivas. Luego el Clero Secular con los sacerdotes revestidos de sobrepellices, siguiéndoles los diáconos y subdiáconos con dalmáticas y los presbíteros con casullas. — El coro de la Catedral, infantes, asistentes y capellanes. — La Curia, presidida por el Sr. Provisor, cuando no era Canónigo, el Alguacil Mayor, los promotores y los notarios. — El Cabildo con capas pluviales.

Aquí era el lugar de honor. Bajo riquísimo palio, y conducida por el Ilustrísimo Arzobispo, venía la Custodia que regaló á la Catedral el Dr. D. Juan Salcedo, Secretario que fué del tercer Concilio Mexicano y que murió, siendo Deán, en 1626.

Las varas del palio las llevaban alumnos del Seminario.

Seguían al Santísimo Sacramento los colegios de San Ildefonso, San Gregorio, san Juan de Letrán, etc., etc., con sus profesores y alumnos, vestidos éstos en un tiempo con mantos y becas.[1]

La Universidad con sus Doctores, que llevaban las borlas en la mano, precedidos de sus bedeles con mazas de plata, y el H. Ayuntamiento también con sus maceros.

Luego el Presidente de la República — si asistía — los empleados civiles, la estufa del Santísimo, que á veces era dirigida por personas notables y aún por generales de división, y al último las tres armas, la Infantería, la Artillería y la Caballería.

En estos momentos, la tercera y última salva anunciaba que la procesión había penetrado en la Catedral[2].

1. Á los alumnos de San Gregorio por sus trajes negros, les llamaban *los cuervos*.
2. Para describir la procesión he tenido á la vista las noticias que me comunicó mi excelente amigo, el Sr. D. José María de Agreda y Sánchez.

II

Con pompa igual y quizá mayor, se celebraba el Corpus en la época del Gobierno de la Metrópoli.

La primera procesión de que tenemos noticia impresa, es la que iba á salir de la Catedral el 21 de Mayo de 1526, en los instantes en que recibió el Ayuntamiento la carta de Cortés anunciando su regreso de las Hibueras.

Ya en el siglo XVIII, el número de cofradías era muy crecido, pues en 1722 salieron 85 "con sus estandartes y copioso número de santos titulares."

Era costumbre entonces, sacar *tarasca, gigantes y diablo cojuelo.* Los gigantes los encontramos mencionados desde 1533, y en la dicha procesión de 1722, fueron 8 de 6 varas de alto, y representaban las cuatro partes del mundo. En cuanto á la tarasca, leemos en el *Diario* de Robles : "Mayo 26 de 1701. — Salió ayer tarde y hoy, tarasca nueva, de 7 cabezas, y anduvo dentro de la Catedral, (dicen no haberse hecho otra vez), al tiempo de las vísperas." Y por lo que respecta al *diablo cojuelo*, asegura Eslava en sus *Coloquios* que salía cada año. El ilustre Virrey, Conde de Revillagigedo, prohibió semejantes figurones, indignos de la fiesta del Corpus, y después sólo salían fuera de México, en las ciudades y pueblos de nuestros Estados.

En aquellos tiempos acompañaban, además, á la procesión el Virrey con sus pajes, la Audiencia, los tribunales y "los clarineros, cocheros y otros sirvientes del Santísimo, con ricas libreas de paño fino encarnado, con galones y guarniciones de plata." Las calles que tenía que recorrer, estaban "apaciblemente entoldadas con ramos y flores, y los balcones adornados de preciosas colgaduras, y varios fuegos y danzas," que costeaba el Cabildo Secular.[1]

Por último, en el Corpus también era costumbre representar una comedia, auto sacramental ó loa, para cuyo fin se levantaba un tablado en el cementerio de la Catedral ó en los portales de la Diputación, y durante la representación del auto, se colocaba al Santísimo Sacramento en sus andas, á un lado del teatro.

1. *Gacetas de México* del año de 1722.

En medio de tanta pompa y solemnidad, durante el Gobierno Español, no escasearon disturbios entre las autoridades civiles y eclesiásticas, con motivo de la procesión del Corpus, disturbios que tenían lugar delante del mismo Divinísimo.

Para demostrar lo que decimos, haremos algunas reminiscencias históricas.

En Cabildo de 24 de Mayo de 1529, se dispuso "que porque en el salir los oficiales con sus oficios, en la fiesta del Corpus-Christi, ha habido en esta cibdad diferencias, especialmente entre los armeros é sastres, por tanto, por los quitar de diferencias mandaron que el oficio de los armeros salga junto al arca del Corpus, y luego delante dél bayan los sastres, e asy subcesibe un oficio en pos de otro," so pena de cincuenta pesos de oro, la mitad para Su Majestad y el resto para las obras públicas.

Las disputas habían nacido entonces de los gremios, y no fué suficiente aquella disposición del Ayuntamiento, pues en Cabildo celebrado el 10 de Junio de 1533, hubo que fijar pormenorizadamente el arreglo de la procesión, que fué el siguiente, según el acta del mismo día : "que la orden que en lo susodicho se haya de tener sea, que después de los oficios é juegos de los indios, bayan los dichos primeros en la dicha procesión los ortelanos, y tras ellos los gigantes, y tras los gigantes los zapateros, y tras los zapateros los herreros, y tras éstos los carpinteros, y tras los carpinteros los barberos, y tras los barberos los plateros, y tras los plateros los sastres, y tras los sastres los armeros."

Se previno, á la vez, que la procesión había de entrar por la puerta de la Catedral que cae hacia la plaza mayor, y salir "por la puerta questá asia el corral de los toros," (hoy Empedradillo). En 1537 se dió preferencia á los plateros sobre los armeros, atendiendo á que aquellos sacaban á San Hipólito, patrón de la ciudad.

Pero en ese mismo año de 1533, hubo grandes discusiones entre los regidores y la Audiencia, sobre quiénes habían de conducir las

varas del palio. Los primeros sostuvieron que á ellos les tocaba, y la última resolvió que el palio tuviera ocho varas, de las que cuatro conducirían los oidores y cuatro los oficiales reales. El Ayuntamiento se dió por agraviado y apeló á S. M. el Rey, quien ordenó en 1534, "que siempre que se hallasen presentes el presidente, y el Audiencia Real, que representaban la persona del Rey, el dicho presidente diese las varas á quien le pareciese, prefiriendo el presidente, prelados y señores de título, marqués y conde, y después á los oidores, y luego los oficiales propietarios, y después los regidores más antiguos, sin escándalo ni desasosiego alguno." Para tan pocas varas — dice el Sr. Icazbalceta — era mucha gente esa, y rara vez podrían los capitulares alcanzar parte en aquella honrosa distinción."[1]

Más notables fueron las discordias que surgieron en el Corpus de 1651, entre el Virrey D. Luis Henríquez de Guzmán, Conde de Alvadeliste, y el Cabildo Eclesiástico, siendo Deán el Dr. D. Alonso de Cuevas y Dávalos, después Arzobispo de México.

Era el 8 de Junio de aquel año. La procesión iba á salir, cuando el Virrey quiso que fueran cerca de la custodia seis de sus pajes, en lugar del Cabildo Eclesiástico á quien correspondía ese sitio. Así lo hizo notar á S. E. el maestro de ceremonias, pero S. E. se enfureció, dió grandes voces á dicho maestro de ceremonias con mucho disgusto del pueblo, y exigió de nuevo lo que ordenaba. La procesión ya había comenzado; serían las 11 del día, y el rumor de la reyerta llegó hasta las cofradías que iban por delante con sus estandartes y santos, las cuales se detuvieron.

"El Virrey — dice Guijo — considerando que el Cabildo no venía en su designio, se levantó de su silla con escándalo del pueblo, y llamó á los oidores y fiscal, y se fué hacer acuerdo á palacio, y dejó en guarda de la custodia en que estaba el Santísimo Sacramento puestos á todos los alcaldes del crimen, corregidor y regimiento; y habiéndose ido, salieron del Cabildo los prebendados y se fueron al coro, y ordenaron que saliese la procesión, y llegando los sacerdotes

1. *Coloquios Espirituales y Sacramentales* de Fernán González de Eslava, reimpresos por D. Joaquín García Icazbalceta. — México. — 1877. — Introducción, página XXVI.

revestidos de alva, cíngulo, estola, manípulo y casulla á cargar las andas, se levantó D. Luis Berrio, presidente de la sala del crimen, y apellidando favor al rey, *á empellones les quitó á los sacerdotes las andas*, y queriéndose caer, llegó el corregidor á tenerlas: viendo esto el pueblo, alzó la voz, de que causó grande inquietud en todos, y visto por el provisor, mandó al secretario de Cabildo que dijese, que pena de excomunión mayor, todos los clérigos se saliesen de allí, y lo obedecieron...."

Entre tanto, informado el Virrey de esto, mandó varios alabarderos de su guardia para que vigilasen á la custodia; reunió el acuerdo, el cual despachó provisiones del Rey D. Felipe para que fuesen los pajes del Virrey; se enviaron estas por conducto de D. Nicolás de Bonilla, Alguacil Mayor de corte, y D. José de Montemayor, Secretario de Cámara de la Real Audiencia, quienes se las notificaron al Cabildo Eclesiástico, y "á las 2 de la tarde volvió á formar la procesión, y vino el Virrey y Audiencia en oyendo el repique, y tan solamente fueron algunos mercedarios, agustinos, franciscanos, y dominicos y clerecía, porque se habían ido los demás y las cofradías: fué por las calles acostumbradas y fueron *dos criados* con hachas alumbrando á la cruz y ciriales y *los cuatro inmediatos á la custodia quitando al Cabildo su lugar;* llegaron á las tres á la Catedral y pusieron la custodia en el lugar acostumbrado para la comedia, y oyóla el Virrey, Audiencia y Tribunales y algunos prebendados, y acabose cerca de las 5 de la tarde y entrose á la Catedral; y luego el viernes siguiente amanecieron tres pasquines gravísimos en provincia, palacio y ciudad, que causó grande alboroto y disturbio en el Virrey y Audiencia é hicieron dos acuerdos que no se saca su resolución."[1]

Sin embargo, el jueves 15 de Junio, octava de Corpus, ya los ánimos estaban tranquilos; pues fueron los pajes del Virrey, mezclados con el Cabildo, "dos alumbrando al Santísimo, y los otros dos á la cruz y ciriales, todo lo cual se dispuso así por vía de paz."

1. *Diario de sucesos notables* de Guijo, págs. 179 y siguientes.

En esta vez triunfó la autoridad civil, pero no así en el Corpus de 1664. El Virrey D. Juan de la Cerda, Conde de Baños, pretendía que pasara la procesión frente á Palacio para que la viese la Virreina, y el Arzobispo, D. Diego Osorio Escobar y Llamas, se opuso á ello, y "dió motivo á agrias contestaciones con el cabildo eclesiástico, sobre lo que hubo censuras; y habiendo ocurrido el cabildo á la corte, no sólo se desaprobó la providencia del Virrey, sino que fué condenado éste á pagar una multa de doce mil ducados, mandando no se alterase la carrera establecida para la procesión...."[1]

Tales fueron los principales disturbios á que dió lugar la procesión del Corpus en tiempo de la colonia, y tal la historia de la festividad en aquella época.

La procesión dejó de salir después del Imperio de Maximiliano, durante el cual se sacó por última vez[2], y ahora esa solemnidad que fué encanto de nuestros bisabuelos, y que hizo derramar no poca bilis á regidores y oidores, á virreyes y arzobispos, ha pasado á la historia como otras muchas cosas del México Viejo.

1. Alamán, *Disertaciones*, Apéndice al tomo III.

2. Ni Maximiliano ni Carlota salieron en ella, pues en 1864 no estaban todavía en México, en 1865 asistieron al Corpus en Puebla, y en 1866 se hizo la procesión en los corredores del Palacio. Véase á este respecto el curioso artículo que publicó D. Antonio García Cubas en *El Renacimiento*, 2ª época.

CAPÍTULO XLV

AVENTURAS GALANTES

I

La historia de las aventuras galantes del México colonial, comienza con los célebres amores de Doña Marina y Hernán Cortés; amores fecundos en bienes para la Conquista y fatalmente funestos para la noble y heroica raza de los mexica.

El ejemplo de D. Hernando fué seguido por muchos de sus aventureros, que gozando de prestigio y de libertad, entablaron relaciones amorosas con las indias, que en ellos encontraron no sólo á los hijos del Sol anunciados por sus tradiciones, sino á hombres diferentes de los del Anáhuac, por su traje, su aspecto y su color.

Además, con los afortunados castellanos vinieron pocas mujeres, tan pocas que la historia ha conservado sus nombres.

Con Cortés sólo desembarcaron Beatriz Hernández, María de Vera, Elvira Hernández, su hija Beatriz, Isabel Rodrigo, Catarina Márquez y Beatriz y Francisca Ordaz. Con Pánfilo de Narváez, María de Estrada, Beatriz Bermúdez de Velasco, Beatriz Palacios, alias *la parda*, y Juana Martín.[1]

Consumada la Conquista, muchos de los capitanes y soldados se unieron para siempre con las indias, y otros continuaron en relaciones ilícitas, hasta que los misioneros se las condenaron con penas tan severas como justas. Después de la llegada de nuevas familias de la Península, las mujeres españolas, antes tan escasas, llegaron á

1. *Conquistadores de México*, por D. Manuel Orozco y Berra (El *Renacimiento*, págs. 393 y 431 del tomo I).